E.B.

Historia de la gloriosa guerra de Africa en 1859

Madrid

1891

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

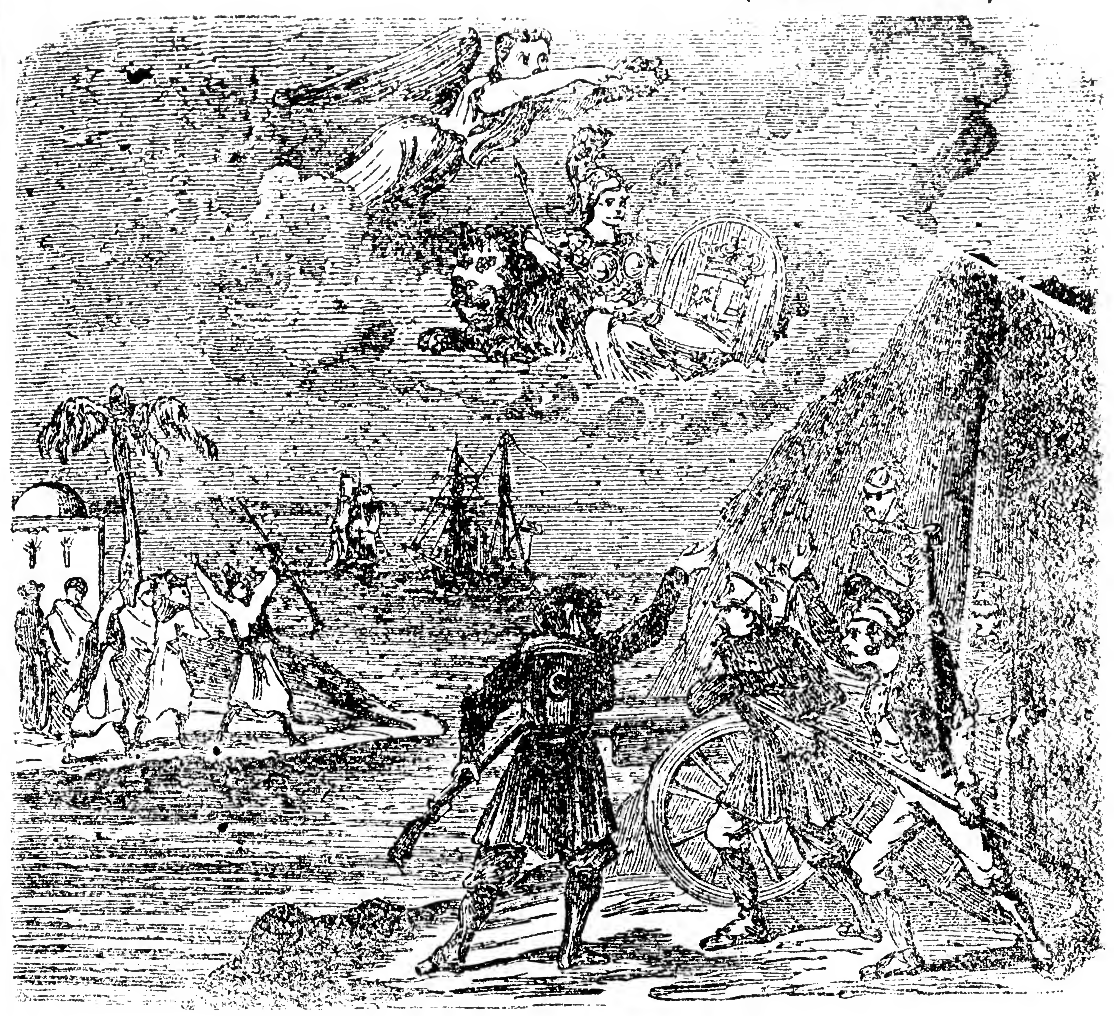
RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.02

Control Number: ADT-1370
OCLC Number : 29665651
Call Number : W 381.568 H629 v.2 HISGL
Author : E. B.
Title : Historia de la gloriosa guerra de Africa en 1859 / escrita y dividida en romances por E.B.
Edition : Novena ed.
Imprint : Madrid : [Hernando], 1891.
Format : 32 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Spanish-Moroccan War, 1859-1860.
Subject : Chapbooks, Spanish.
Subject : Spain History, Military.
Subject : Morocco History 19th century.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/21/94
Camera Operator: AB

(CUATRO PLIEGOS)



HISTORIA

DE LA

GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA EN 1859,

ESCRITA Y DIVIDIDA EN ROMANCES

POR E. B.

NOVENA EDICION

MADRID: 1891
Despacho, Miguel Servet, 13.—Teléfono 651

Imprenta de M. Minuesa.—Miguel Servet, 13.

PRÓLOGO.

«Si el acontecimiento de la guerra de Africa es un hecho aislado que pasa y se borra con el tiempo para aquellos que solo viven de lo presente, y que por eso no leen mas que los periódicos del dia, hay gentes mas sencillas y de mas corazon, aunque acaso menos ilustradas, para quienes aquel glorioso acontenimiento tiene un interés siempre palpitante.

»Esas buenas y honradas gentes del pueblo miran aun conmovidas hácia las costas africanas, y alguna pobre madre habrá en las olvidadas aldeas que, por lo grande de su amor, no haya podido todavía convencerse de la muerte de su valiente hijo, y que suba quizás todas las tardes á alguna empinada colina, para dominar el camino del pueblo y ver si llega el perdido pedazo de sus entrañas. Y cuando el sol se haya ocultado tan triste como las esperanzas que nos abandonan, volverá la madre desfallecida á su hogar humilde; y si le dicen otra vez que su hijo murió en la guerra, querrá saber al menos cómo murió; si murió peleando como bueno, como hijo honrado y digno de su patria; y si en algun corrillo oye leer un sencillo canto describien-

de uno de los gloriosos combates, en cada grupo que avanza al son de ataque, creerá ella ver á su hijo ilustrando con su sangre generosa el nombre de su nacion y el de su famiiia.»

Así se expresaba don Eduardo Bustillo, autor del «Romancero» al frente de la tercera edicion de su libro; y nosotros repetimos sus palabras, porque para las buenas y honradas gentes del pueblo hacemos esta edicion, autorizados generosamente por dicho señor Bustillo, que ha comprendido nuestro noble deseo de hacer que llegue á las clases mas humildes de nuestra sociedad esta coleccion de romances, que, á la vez que deleitan é instruyen, despiertan y mantienen vivo en el alma el mas acendrado sentimiento del amor patrio, gérmen de altas virtudes.

El pueblo agradecerá, de seguro, que pongamos en sus manos, por tan poquísima costa, estas páginas tan sencillas como elocuentes, en que se refleja el verdadero y noble espíritu nacional.



ROMANCE PRIMERO.

INTRODUCCION.

I.

Soy el cantor de la guerra,
y en mis romances el alma
no busca lauros, que busca
el santo amor de la Patria.
No es mi voz la voz del genio
que atrevida se levanta,
ni es el triunfo del artista
el norte de mi esperanza.
Mas, aunque humilde mi nombre,
mi propio acento me basta;
que honran las glorias de un pueblo
á los hijos que las cantan.
En el seno del hogar
madres, amantes y hermanas,
orando por los que lidian,
á los que lidian aguardan.
Si corazones que sienten
responden á mis palabras;
si al descubrir mis afectos,
sus nobles afectos hallan,
y vierten sobre mi libro
de gratitud una lagrima,
no quiere mas recompensa
el que la logró tan alta.

II.

¿Por qué aprestan los cristianos
contra los moros las armas?
Los hijos del Cid, que cruzan
las arenas africanas,
¿buscan tesoros inmensos?
¿grandes conquistas preparan?
¿sueñan hallar otro mundo
en los breñales del Atlas?
Es mas alto su destino:
defender la santa causa
de su honor, que pide sangre,
porque una afrenta le mancha;
que *las manchas del honor*
solo con sangre se lavan.
—Un dia, ciegos, guiados
por el ódio á nuestra raza,
ódio á muerte, que es en ellos
huésped eterno del alma,
llegaron hasta los muros
de alguna de nuestras plazas
para borrar con su aliento
los puros timbres de España.
«¡Estaba escrito!»—gritaron
aquellas hordas fanáticas;—

«el grande Alá nos conduce,
su voluntad nos arrastra.»

III.

Pero España no dormia.
Hoy sus hijos ya levantan
la frente, donde refleja
el sol de glorias pasadas.
Y mientras «¡Estaba escrito!»
gritan las salvajes kabilas,
ellos, en el solo Dios
poniendo su confianza,
ofrecen su sangre toda
del patrio honor en las aras.
Y es que á su causa va unida
la mision mas noble y santa;
y es que, ademas de la honra,
el cielo su fé reclama,
porque la lleven consigo
á regiones apartadas,
en donde los pueblos gimen
esclavos de la ignorancia,
sin leyes, sin luz, sin vida,
sin la dignidad humana,
errantes y envilecidos,
con el cansancio en el alma.
maldiciendo sus recuerdos
y ahogando sus esperanzas.

IV.

Por eso á la faz del mundo
en pos del destino marcha,
y hará que brillen sus timbres
con sus gloriosas hazañas.
Por eso empieza sus cantos
el trovador entusiasta,
que otro premio no ambiciona
que el santo amor de la patria.
Y aunque sabe que es humilde,
su acento propio le basta;
que honran las glorias de un pueblo
á los hijos que las cantan.

ROMANCE II.

LA VOLUNTAD NACIONAL.

Ya para bien se convocan
Córtes que van á tratar
de la guerra justa y santa
que exige la dignidad
del gran pueblo que en mal hora
vió sus timbres mancillar.
Diéronse bastantes plazos
al gobierno del Sultan,
y mas esperar no puede
honor que manchado está,
que si al tiempo se abandona
no ha de poderse lavar
Y la nacion que así duerme,
y no despierta jamas,
y disfruta en la deshonra
de su vergonzosa paz,
si en sueños abre los ojos,
abatida se verá,
befada, pobre, sin hijos,
sin amor, sin libertad.
Y España no puede nunca
la altiva frente inclinar;
que ostenta escritos en ella
nombres que siempre serán
espanto de la morisma,
gloria de la cristiandad.

II.

Acude el pueblo entusiasta,
y rodea con afan
el palacio de las Córtes,
porque anhela saber ya
si dignamente interpretan
su enérgica voluntad
los que al sagrado recinto
á representarla van.
Muy bien supo el de Lucena
su noble aliento mostrar;
bien le aplauden, bien le elogian
los que escuchándole están,
los amigos y leales
y los que le quieren mal.
Que allí no luchan partidos
ambiciosos de mandar;
que allí se truecan rencores

en pura y santa amistad,
y allí son todos hermanos
y todos á un punto van,
y en los lábios elocuentes
brilla solo la verdad,
porque al corazon la dicta
el orgullo nacional.
Otros no fueran los hijos
de la Pátria de Guzman;
ella su amor les negara,
haciéndoles ver quizás
que es voz solemne del cielo
ese grito popular,
que hasta el templo de las leyes
penetra como raudal
de inspiraciones divinas
que aliento á los buenos dan.

III.

Y como en las causas justas
los buenos siempre son mas,
ellos responder supieron
del pueblo al inquieto afan;
que el fuego del amor pátrio
no alienta en vano jamás.
Declárase al fin la guerra
al gobierno del Sultan;
que mas plazo dar no puede
honor que manchado está;
y España no quiere nunca
con la deshonra la paz,
ni quiere ver á sus hijos
sin familia, sin hogar,
regando con tristes lágrimas
de la esclavitud el pan.
Que quiere ver la ventura
sobre su frente brillar,
porque disfruten tranquilos
de su amor y libertad.

ROMANCE III.

LAS JOYAS REALES.

I.

Del alcázar de los reyes
en una estancia lujosa,
que el arte con galas viste
y el gusto esquisito adorna,
Isabel á sus ministros
pide el consejo que importa
al interés nacional
en asuntos de la honra.
El corazon de la Reina
profundamente impresionan
las palabras del Consejo:
y mientras oir la toca,
mal con sonrisas encubre
su ansiedad y su zozobra:
que el corazon franco y noble
cuando sufre y cuando goza,
su sentimiento revela,
aunque la razon se oponga,
porque es el rostro el espejo
de sus impresiones todas.

II

Y aunque el alma de la Reina
bien los peligros arrostra,
solo en sus queridos pueblos
piensa en tan solemnes horas.
Ella sabe que la lucha
será terrible y penosa;
que ha de costar mucha sangre
á nuestras valientes tropas;
que será causa de luto,
sobresaltos y congojas.
Y tan tristes pensamientos
la desconsuelan, la agobian;
y deja correr el llanto,
y su pecho desahoga,
y sus pesares alivia,
y algo de su aliento cobra.

III.

Levanta Isabel la frente;
con expresion melancólica
algunas frases pronuncia,
que el sentimiento avalora.
Y nuevas preguntas hace,
en que el vivo afan se nota,
y mientras habla el Consejo,
á sus inquietudes torna.
Lo que dijo el de Lucena
bien su lealtad abona.

y unánimes los Ministros
con sus razones le apoyan.
No le ocultan á la Reina
la situacion angustiosa
de la Patria, que á sus hijos
lleva á region tan remota
á combatir con salvajes
guarecidos en las rocas,
atravesando desiertos
en que las fuentes no brotan,
cruzando bosques incultos,
donde el fuerte cedro tronchan
los huracanes que silban
entre la terrible sombra.

IV.

Allí la guerra empeñada
es doblemente costosa,
y sacrificios exije
que los recursos agotan
de la nacion que en el mundo
se ostente mas poderosa.
Valor á España no falta,
firme voluntad la sobra;
mas para empresa tan grande
serán sus riquezas pocas;
que tarde acaban las luchas
en que honor venganza toma.
Bien lo comprende Isabel,
y ella, que á su pueblo adora,
no quiere que el pan le falte
cuando á los peligros corra,
mientras guarde su palacio
brillantes, perlas y aromas.
Las palabras que ella dijo,
dichas fueron en buen hora;
el que de español se precie
bien las oirá de mi boca:
—«Que se tasen y se vendan
todas mis preciadas joyas,
y que de mi patrimonio
con libertad se disponga,
si así de tan santa empresa
los altos fines se logran.» —
Los Ministros que la oyeran
ante la Reina se postran,
mas con palabras no dicen
lo que con el alma gozan.

V.

Bien haya la Sobera
que así lleva su corona,
la que bendice á sus pueblos,
la que sus pueblos adoran,
la que tiene el alma noble,
la que á Isabel la Católica
va unida por el destino
en el libro de la historia.
Si por alcanzar un mundo
aquella inmortal Matrona
con su fé le dió á Colon
todas sus piedras preciosas,
hoy ofrece nuestra Reina
los brillantes que la adornan
á las valientes falanges
que á gran hazaña se arrojan.
Santa es la ofrenda, Isabel,
y la nacion Española
por ser tuya la agradece,
aunque la ofrenda no toma.
Guarda, Isabel, tus alhajas,
guarda tus preciosas joyas;
que las perlas de una Reina
bien están en su corona.
Sin que se grave á tus pueblos,
recursos al fin se logran;
que ofrecen hacienda y vida
los que de honrados blasonan.

ROMANCE IV.

DESPEDIDA DEL CAUDILLO.

I.

Grita el soldado: «¡A las armas!»
y con aprestos de guerra,
levanta el pueblo la frente,
la noble Patria despierta.
Almas libres con su canto
el inmenso espacio llenan,
y en sus eternos murmullos
el mar los ecos remeda,
cuando enfurecido bate
las africanas arenas,
y alza su espuma teñida
con sangre de nuestra afrenta.
Esos gritos de entusiasmo,

y el acento del poeta
y los ecos de su lira,
que con el rumor se mezclan
de las agitadas olas,
que van pregonando quejas,
todo parece decir,
para que el mundo lo sepa,
que aun hay Patria que por héroes
los queridos hijos cuentan,
donde los Pelayos viven,
donde Guzmanes alientan.

II.

¡Ved! ya solo la señal
aguardan nuestras banderas
para desplegarse al viento
y volar á la pelea.
Los pechos en que se apoyan
latiendo están de impaciencia;
y la multitud acrece,
y las miradas inquietas
en torno giran y buscan
al que en hora ya suprema
guiar debe á sus hermanos
á la terrible contienda.
¡Callad .. él es... el caudillo!
cruza con frente serena,
brilla en sus ojos un rayo
de esperanza.... ya le cerca
la muchedumbre entusiasta,
y le aplaude y victorea.
—¡Paso al campeon!—¿Adónde
marcha con planta resuelta?
¿Sabeis qué busca?—Un adios
del corazon de la Reina.
—¡Oh! que Isabel te bendiga,
noble conde de Lucena.

III.

Al alcázar llega el Conde,
y abismado en su alta idea,
aguarda en rico aposento
de sus Reyes la presencia.
Y admirando allá en su mente
las hazañas de otras épocas,
evoca sombras ilustres
que apoyo den á sus fuerzas;
que el alma de mejor temple
no resiste algunas pruebas,
y, á su pesar, la del Conde
en aquel momento tiembla.
Los que la española sangre
sentís arder en las venas,
decid si en aquellas horas
algo santo no revela
la madre que con sus hijos
y su esposo se presenta,
y dice con una lágrima
lo que mil frases no expresan.
¡Ved que tambien llora el Conde,
y lágrimas que consuelan;
que el llanto del amor patrio
fecundiza cuanto riega!

IV.

Duró la lucha un instante
entre la madre y la reina:
sus súbditos son sus hijos,
y á Dios por sus hijos ruega,
que á la guerra ya se marchan
y á muerte sera la guerra.
Mucha fe tiene en el Conde,
porque es grande su nobleza;
pero aprendió desde niña,
de San Fernando la nieta,
que si del cielo no vienen,
no habrá glorias en la tierra.
—«¡Partid, general! exclama,
id al campo en hora buena:
Dios y la Pátria os bendicen,
y vuestros Reyes esperan
que armas benditas de Dios
consigo los triunfos llevan.

V.

Con la voz del sentimiento
el caudillo le contesta,
y el rostro del niño Príncipe
absorto á la par contempla.
Con noble orgullo de madre
Isabel se le presenta,
y él... con ternura y respeto
la pura frente le besa.
¡Oh! Leopoldo, tú juraste
la venganza de la ofensa,
y con un beso la fe
de tu juramento sellas.
Virtudes de los Alfonsos
brillan en la frente egrégia
de aquel niño, y al besarla
tú has aspirado su esencia,
fuego sagrado que enciende
tu corazon y le eleva,
porque por la Patria lidies,
porque por la Patria venzas.

VI.

Ya inclina la frente el Conde;
ya Isabel con mano trémula
sobre el cuello le coloca
la milagrosa cadena.
Cada cruz, cada medalla
es un tesoro que encierra
una lágrima de madre
y una bendicion de Reina.
—Parte á la guerra, buen Conde;
buen Conde, parte á la guerra,
y en el calor del combate
la rica joya no pierdas.
Y si tu virtud apoyas
en la que tiene sus perlas,
que la sangre del vencido
no manche la real ofrenda.
Que es el alma de Isabel
un manantial de clemencia,
y el pueblo español perdona,
como perdona su Reina.
—Parte á la guerra, buen Conde;
buen Conde, parte á la guerra,
y del beso no te olvides
ni la rica joya pierdas.

ROMANCE V.

UN ADIOS Á LA PATRIA.

I.

Lánzanse al mar los valientes
en que la patria confia,
los que dejan, con su hogar,
las prendas porque suspiran,
siendo sus dulces recuerdos
de sus esperanzas vida,
himnos guerreros cantando
entre lágrimas y risas,
dando á su valor apoyo
con la fe que los anima,
que al combate van con ellos
Dios, la Patria, la familia.
¡Playas de Valencia y Cádiz,
de Málaga y Algeciras,
testigos fuisteis vosotras
de tan tierna despedida!
El adios de nuestros héroes
le repiten intranquilas
entre sus vagos murmullos
las olas que os acarician.
Y ese adios, ¡cuántos afectos
encierra que no se explican!
¡cuántas promesas de amor!
¡cuántas dulces armonías!...
—Coronáronse las rocas,
cubriéronse las orillas
de ajitada muchedumbre,
que corre, se afana, y grita,
dando vivas á la Patria,
dando al Ejército vivas.

II.

¡Silencio!.... La multitud
ya con respeto se inclina;
ya el venerable prelado
tiende sobre el mar la vista,
y armas y naves bendice,
y Dios al triunfo las guia.
¡Allá van!... entre las brumas
apenas ya se divisan;
el humo de los vapores
poco á poco se disipa,
y cubren montes de espuma
surcos que dejan las quillas.
¡Allá van!... ¡hora solemne
de santa melancolía!
¡Muere el sol!... en el espacio
pálida la luna brilla,
triste como el sol que muere,
como el alma que suspira
para vivir de esperanzas
entre las olas perdidas.
¡Allá van!... lejos, muy lejos
del hogar y la familia...
¿Cuántos volverán, y cuándo,
á nuestras playas benditas?...
—¿Qué importa?... La madre Patria
sus hazañas adivina,
las naciones los contemplan,
sus hermanos los envidian...
¡Ellos volverán con honra,
que Dios al triunfo los guia!

ROMANCE VI.

LAS ALTURAS DEL SERRALLO.

I.

Pisan ya nuestros valientes
la tierra del africano;
que humillar pudieron ellos
las olas del mar airado.
Dejan la plaza de Ceuta,
avanzan ya por los campos,
y cruzan secas llanuras,
y jarales y pantanos,
para batir á los moros
entre sus mismos peñascos.
Echagüe, que al frente marcha,
el General esforzado,
previendo va los peligros
con la sonrisa en los labios.
Y él y los bizarros jefes
y oficiales y soldados,
todos con ardor anhelan
verter en dulce holocausto
la primer gota de sangre,
ofrenda del amor pátrio.
¡Ellos los primeros héroes!
Ellos que, siempre avanzando,
abren el libro magnífico
de nuestro destino santo,
donde sus nombres ilustres
verán inmortalizados.
Ellos celebrar supieron,
valientes como bizarros,
el gran dia de su Reina
ciñéndose ricos lauros.
Alegres fijan la vista
en el otero lejano.
Apenas el sol naciente
baña con débiles rayos
las escarpadas alturas
que dominan el Serrallo.
Allí están los enemigos,
sin órden, diseminados,
con su salvaje fiereza,
con sus instintos fanáticos,
vuelta la faz al Oriente
para saludar al astro.

II.

Siguen su marcha los nuestros
bosques inmensos talando;
que ya la naturaleza
quiere cerrarles el paso,
madre que guarda sus hijos
entre sus incultos brazos.
Mas la volundad, que es firme,
vence los grandes obstáculos,
y ¡allá van! siempre adelante,
al enemigo acosando
para ganar las alturas
que dominan el Seraallo.
¡Truena el fusil!... y los moros,
que el arruinado palacio
cercaban, dando alaridos,
le abandonan al cristiano.
Templo fué de los placeres,
templo de grandeza y fausto;
los huracanes del tiempo
sus columnas derribaron.
Sobre ellas, de nuestra gloria
suenan los primeros cantos...
¡Con sangre los escribieron
nuestros valientes hermanos!
¡Vedlos! ya de las alturas
al enemigo arrojaron.
¡Completa fué la victoria
que los coronó de lauros!
Con ellos aquel gran dia
nuestros héroes celebraron.
Y á su Reina y á su Patria
saludan con entusiasmo,
abriendo el libro magnífico
de nuestro destino santo,
donde sus nombres ilustres
verán inmortalizados.

ROMANCE VII.

EL BOQUETE DE ANGHERA.—VALOR Y PIEDAD.

I

Amenazando á saltar
los reductos y los fosos,
atacan con rudo empuje
y en gran número los moros,
tropel de tigres hambrientos,
cuyo alarido espantoso
zumba con el vendebal
y los bramidos del ponto.
Ante el boquete de Anghera,
aquel antro pavoroso
donde hallan sendas las tribus
para los pueblos remotos;
ante aquel gran centinela
que guarda en su negro fondo
del bárbaro fanatismo
los misterios tenebrosos,
á rechazar el ataque
con decision estan prontos
del regimiento del *Rey*
los batallones heróicos.
Arrecia del enemigo
la furia, ya silba el plomo,
y cual si el fragor creciente
de sus armas fuese poco,
denuestos y maldiciones
fulminan con gritos roncos.
Y detrás de cada peña
asoman sus negros rostros,
y en los arbustos y brezos
buscan siempre firme apoyo,
porque aseguren sus tiros
las víctimas de su encono.
Y tras los grupos que luchan
aparecen otros y otros,
que salen de sus guaridas
como carniceros lobos.
Pilas de sus mismos muertos
oponen dique á su arrojo,
y mas redoblan su furia
cuantos mas muerden el polvo.

II.

Los nuestros de su terreno
no ceden un palmo solo.
y aunque el cielo les abruma
con su aspecto tormentoso
y con la lluvia que en lagos
trueca barrancos y fosos,
ciento del *Rey* se sostienen
contra cuatrocientos moros.
Entre aquellos cazadores
hay algunos harto mozos;
pero solo por sus años
tuviéranse por bisoños;
que en aquel rudo combate
fueron veteranos todos.
Ya ejecutan con buen órden
los movimientos forzosos
de repliegue, bien que á costa
de la sangre de unos pocos.
¡Ay! que el infiel se apercibe!
¡ay que avanza cauteloso!
y el pobre soldado herido
que en el campo yace solo,
presa será de la fiera
y víctima de su ódio.
¡Juan Molina, Juan Molina!
¿quien te prestará socorro,
si van los tuyos tan lejos,
y te cercan ya los moros?

III.

Pero ya llega un soldado,
saltando peñas y troncos.
De sudor viene cubierto,
cubierto viene de lodo,
la agitacion de su espíritu
bien se retrata en su rostro,
y avanza, y avanza siempre,
febril, descompuesto, roto.
Llega al infiel, blande el arma
sembrando la muerte en torno,
y entre aquel turbion de furias
abriendo camino angosto,
les arrebata á su amigo,
le carga sobre sus hombros,
y entre el mortífero fuego,
sin cuidarse de sí propio,
llega hasta su compañía,
que aguarda muda de asombro.

Francisco Lopez se llama
el de valor tan heróico.
Quien tal intenta y tal hace,
por valiente y por piadoso
alcanza un nombre inmortal
grabado con letras de oro.

ROMANCE VIII.

EL DIA 25 DE NOVIEMBRE.

I.

Cuatro mil moros avanzan,
para el ataque dispuestos;
muchos eran lo infantes,
jinetes eran los menos;
con su salvaje algazara
vienen asordando el viento
hácia el famoso Boquete
donde ya vencidos fueron.
Por dos lados el reducto
atacan al mismo tiempo,
y el brigadier Sandoval,
para su defensa presto,
ya lleva con su brigada
cien valientes artilleros.
La casa del Renegado
detras está de sus puestos;
desde allí con gran destreza
dirigen todos sus fuegos
á los grupos de los moros,
que hacen terribles esfuerzos,
y mas avanzan osados
cuanto se ven mas deshechos.
Los cazadores de *Alcántara*
y de *Madrid* con empeño
defienden sus posiciones,
aunque sobre mal terreno.
En apretadas columnas
y armado el terrible acero,
alla van los de *Borbon*,
conducidos con denuedo
por Caballero de Rodas,
que es bizarro caballero.
Muchas y brillantes cargas
aquellos valiente dieron;
de cadáveres de moros
ya queda el campo cubierto,
nuestras son sus municiones,
sus armas y sus arreos...
¡Adelante y viva España!
que por España vencemos!

II.

¡Ay! ¡que ya vuelven los moros
con gruesas masas rehechos!
¡Ay! que los suyos son muchos,
y son muy pocos los nuestros!
y así se ven acosados
por los tigres del desierto,
que en los bosques se defienden
por no lidiar como buenos.
Mas los de *Madrid* no cejan,
siempre firmes en su puesto.
Gloriosamente en el campo
su jefe Pinies ha muerto,
Ochotorena es herido,
y aunque en la lucha cayeron
otros muchos oficiales
que eran la flor del Ejército,
aquel monton de valientes
entre el mortífero fuego
rechaza siempre al alarbe,
sin que desmaye su aliento.
¡Ay! que tambien los de *Alcántara*
se ven en trance tan fiero!
Pero *Talavera* y *Mérida*
ya llegan en su refuerzo,
mandados con bizarría
por el coronel Berruezo;
y cargan una vez y otra,
y van ganando terreno,
y acorralan á las fieras,
que huyen por montes y cerros.
Herido el valiente Echagüe
en los terribles momentos,
ceder el mando no quiere
sin que la gloria del Cuerpo
el puro bálsamo sea
del dolor que está sufriendo.
Si ricos lauros ganamos,
preciosa sangre vertemos;
mas de cadáveres moros
el campo queda cubierto,
y armas, caballos, preseas,
todo es nuestro, todo es nuestro...
¡Adelante y ¡viva España!
que por España vencemos!

ROMANCE IX.

EL 30 DE NOVIEMBRE.

I.

Recobran fuerza los moros!
de Benzú y Anghera suben,
y antes que para el ataque
con sordo fragor se junten,
en su corcel de batalla
O-Donnell al punto acude,
y hace que sus ayudantes
veloces el campo crucen,
porque sus prudentes órdenes
con precision se ejecuten.
Gasset, que en el mando á Echagüe
dignamente sustituye,
logra que el valiente Cuerpo
puestos de defensa ocupe.
Y avanza el turbion de moros,
y cae cual triple nube
sobre nuestros batallones,
y con sus fuegos los cubre.
Pero los nuestros no ceden,
la lluvia de plomo sufren,
y con certeras descargas
rechazan el duro empuje.
Ya la frente los infieles
ante nuestras armas hunden,
ya vuelven con doble furia,
ya desesperados rugen,
ya retroceden diezmados
y hácia las fragosas cumbres,
y hácia los espesos bosques
por negros barrancos huyen.
—¡Oh! no mas, cruel africano,
de nuestro poder te burles,
porque las deudas se pagan,
porque los plazos se cumplen

II.

Allá, sobre aquella roca,
donde mil armas relucen,
la Casa del Renegado
entre el brezo se descubre.
Con tu alarido salvaje
no turbes, infiel, no turbes
la calma de esa mansion,
donde hay un alma que sufre,
contemplando el paraiso
causa de sus inquietudes,
tan triste á sus esperanzas
cuanto á sus recuerdos dulce.
Ya comprendo el ¡ay! que exhalan
los moros desde la cumbre...
¡Están cortados, perdidos!
Los valientes que conduce
el intrépido Makenna
con una carga interrumpen
su solo paso, y en ellos
el desórden introducen.
—De un lado el mar que á tus pies
en son de amenaza bulle;
del otro el terrible acero
del de las benditas cruces,
¿á dónde irás, el alarbe,
que tu perdicion no busques?
Rinde el arma á los cristianos,
y de su virtud no dudes.
¡Mira! .. sobre el sol que muer
una sola estrella luce,
y es la Caridad cristiana,
y es tu salvacion, tu lumbre.
¡Fanáticos! no comprenden,
cuando en denuestos prorumpen
que nuestra clemencia nace
donde su poder concluye.
Y ¡allá van! ¡y se derrumban!...
sus cuerpos chocan y crujen,
y con sus deshechas armas
en el ponto se confunden,
y el que en los riscos no muere,
entre las olas sucumbe.
—¡Oh! no mas, cruel africano,
de nuestro poder te burles!
Ve que las deudas se pagan
y que los plazos se cumplen.

ROMANCE X.

UNA MISA SOLEMNE.—ELLOS Y NOSOTROS.

I.

Escarmentadas, deshechas
aquellas hordas feroces,
que á ocultar fueron su ruina
en la Sierra de Bullones;
desde aquel dia terrible
en que se hundieron de un golpe,
con su fanatico aliento,
sus armas y sus pendones,
solo atacaron dos veces,
y en los valles y en los montes
ellos fueron los vencidos,
nosotros los vencedores.
Y lo que valen mostraron
en aquellas dos acciones
el buen Conde de Paredes
y de Reus el buen Conde.
Mas ¡ay! que siempre los lauros
que nuestra Patria recoge
son regados con la sangre
de sus hijos los mas nobles.
Y ¿qué mucho que la Patria,
de Molins la muerte llore,
aunque allá sobre la tumba
eternos laureles broten,
si era el Coronel bizarro
modelo de campeones,
tan sereno en los peligros
como prudente en las órdenes?...

II.

Es el quince de Diciembre.
Por disposicion de O-Donnell
ya se celebra la misa
que todos los cuerpos oyen,
porque los hermanos de armas
que ganada tumba esconde,
de Dios, de su eterna gloria,
cual puros mártires gocen.
¡Bendito, sublime instante!
Ya las músicas acordes
llevan á los campamentos
los melancólicos sones,
que para alzarse hasta Dios
al espíritu disponen
Al ara pura y sencilla
ya se acerca el Sacerdote;
sobre ella estiende sus brazos
el Redentor de los hombres,
que con divinas miradas
anima los corazones.
El ara se alza en las peñas
sin cintas, joyas ni flores,
y su dosel son las nubes,
y es el sol que dora el monte
la lámpara de aquel templo,
cuyas grandezas imponen;
que está allí la Majestad
del que domina los orbes.
Y ante ella rinden sus armas
los cristianos invasores,
y doblan la altiva frente
y en sentidas oraciones
apoyo encuentra su fé
porque la empresa corone.

III.

¿Adónde el bárbaro alarbe
impotente y ciego corre,
cuando el Dios de los Ejércitos
á su arrogancia se opone?
Los de las cruces benditas
lidian hoy con fuerzas dobles,
y su nueva enseña tienen
en los sagrados blasones
de los estandartes régios,
que anuncian triunfos mayores.
Quince mil son los infantes,
mas de mil son los bridones
que descienden de la sierra
en gruesas masas informes.
Grupos de distintas tribus
por la izquierda el fuego rompen,
atacan el centro, y luego
por toda la línea córrense.

Y con nutridas descargas
nuestros valientes responden,
y truena la artillería,
y en los barrancos y bosques
van á ocultarse las kábilas,
y dando terribles botes
lánzanse allá los jinetes,
cual fantásticas visiones,
raudos el aire batiendo
con sus blancos albornoces.
¡Brillante fué la jornada!
Ya vuelven los batallones,
y al frente Gasset, García
y Ros de Olano y O-Donnell.
Y así tras los africanos
avanzan los Españoles;
ellos siempre los vencidos,
nosotros los vencedores.

ROMANCE XI.

LA NOCHE-BUENA EN EL CAMPAMENTO.

I.

Ya llegó la Noche-Buena
con su alegría sin fin;
todo es broma y algazara,
todo es cantar y reir.
Las fogatas por acá,
las fogatas por allí,
do quiera se come y bebe,
cada tienda es un festin,
juegan en esta al tresillo,
en aquellas al bis bis,
corre en unas Valdepeñas,
y en otra vino del Rhin.
Menudean chistes, cuentos
y anécdotas de Madrid,
entónanse villancicos
con acento pastoril.
Una pandereta suena,
y á la vez déjanse oir,
con la garganta imitados,
ya el rabel, ya el tamboril.
Cantan los soldados luego,
al uso de su país,
zorcicos, playeras, jotas,
la muñeira y otras mil.
Y mientras los centinelas
de avanzada, sin dormir,
con recuerdos de la Patria
pasan la noche feliz,
y es su cantar el «¡alerta!»
su compañero el fusil.

II.

—¡Venga acá la cantinera!—
dice el cabo Pedro Ruiz,
que es galante con las mozas,
y con los moros un Cid.
—¿Qué quiere á la cantinera
el buen Cabo?
—Ven aquí,
que quiero ver ese rostro
de bendito serafin,
y ese garbo y esa gracia
y ese modo de decir,
que me tienes mas difunto
que el moro Junlun-Jilin,
que escabeché la otra tarde
de un golpe de bisturí.
—¿Y es de veras, cazador?
—Lo mismo que he de morir.
A cazar vine de España,
á cazar moros del Riff;
mas pierdo la puntería
cuando me acuerdo de tí.
Ya tengo seco el gaznate,
trae acá tu botiquin.
á ver si me refrigero
con unas gotas de anís;
que ya acabamos del tinto
las dos racioncillas y...
si esta noche es Noche-Buena,
no es noche de...
—¡Cabo Ruiz!
Si busca usted una mona,
no pillarla por aquí;
que en Tetuan una docena
cuesta diez maravedís,
y hácia allá vamos andando,

que lo dijo Don Juan Prin.
—¡Bien por nuestros generales,
que valen un Potosí!
Con ellos hacen mas cuatro
que con otros cuatro mil.—
¡Y llueve!.... Y allá á lo lejos
nunca se deja de oir
la voz de las avanzadas,
y toda la noche así,
su cantar es el «¡alerta!»
su compañero el fusil.

III.

¡Noche-Buena, noche triste!
¿Cómo han de dormirse, dí,
si les brindas con recuerdos
que no los dejan dormir?
¡Qué oscuridad!.... Son las doce,
suspira el aura sutil,
y llora el ave nocturna,
y óyese al punto rugir
Ya nadie canta ni rie;
todos tienen ante sí
los cuadros de lo pasado,
las nieblas del porvenir.
Madres, amantes y hermanas,
en esta noche, decid:
¿no echais de menos las prendas
para cuyo amor vivís?...
Madres, amantes y hermanas,
por ellas á Dios pedid;
que está de parto la Vírgen,
y vosotras no dormis.
¡Noche de santos recuerdos,
sus horas no tienen fin!
Y por eso en muchas tiendas
con inocencia infantil,
al fulgor de las bujías,
que se cansan de lucir,
revélanse los amigos
muchos afectos que allí
dan consuelo á los mas tristes
y los hacen sonreir.
Pero vagas, á lo lejos
¡oid las voces oid
que las firmes avanzadas
no cesan de repetir!...
Su cantar es el «¡alerta!»
Su compañero el fusil.

ROMANCE XII.

FELICES PASCUAS.—POR TIERRA Y POR MAR.

I.

Despues de la Noche-Buena,
risueña llegó la Pascua,
alegre para el soldado,
feliz para nuestra Patria.
Que mal disfrutan del ocio
y del vagar de las armas
los que esperando la aurora
sueñan con nuevas batallas;
los que ilustrando su nombre
con sus brillantes hazañas,
jamás, ni aun despues del triunfo,
sobre los lauros descansan.
Mala la hubieron los moros
por su ciega confianza;
que hallar pensaron rendidas,
al nacer la luz del alba,
á las tropas que gozaron
noche de grande algazara,
llevando hasta sus guaridas
himnos de la fé cristiana.
Pero el General en jefe,
que á los moros esperaba,
en los puestos avanzados
mandó redoblar las guardias,
y encomendó la cautela
y la mayor vigilancia.
Resuena en los campamentos
el vivo toque de diana,
y á sus alegres sonidos
responde la voz de ¡alarma!
Que ya del vecino bosque
brotan las fuerzas contrarias,
y hasta tocar las trincheras
con furia terrible avanzan.
Y á lo largo de la línea
se estienden despues y amagan
envolvernos, pretendiendo
invadir en desbandada
el valle de Tarajár,
donde el Ejército acampa.

Pero el General Turon,
el soldado de gran fama,
ya con sus valientes llega,
y al enemigo rechaza.
El denodado Cervino
allá va con su brigada,
y Mogrovejo y Otero,
y el mismo Ros, que comanda
el heróico Cuerpo, acude
donde el peligro le llama.
Con la division segunda
luego el General Quesada
de Tetuan sobre el camino
por extrema izquierda marcha.
Y mas de quinientos moros,
que avanzando por la playa,
fueron á emboscarse en una
de las mas hondas cañadas,
sorprendidos y diezmados
por nuestras brillantes cargas,
huyen cubriendo las rocas
con sus municiones y armas.
Y donde quiera deshechas
aquellas tropas fanáticas,
estréllanse con su furia
contra la elevada táctica
del gran caudillo que rige
los destinos de la Patria,
contra los dignos esfuerzos
del tercer Cuerpo, que alcanza,
con su jefe Ros, la gloria
de tan brillante jornada.
Y para nuestros hermanos
así comienza la Pascua,
de fresco laurel ceñida,
con nuevos timbres ornada.
Seguid, seguid escuchando
en sus romances al alma;
que aunque es humilde su acento,
mas grandes victorias canta.

II.

¡Veintinueve de Diciembre!
¡Cómo el corazon se embriaga
con los recuerdos de un dia
de tal prez y gloria tanta!
Los infieles atacaron
al batallon de *Vergara*,
que firme á los incansables
Ingenieros apoyaba
en la senda de Tetuan,
que la del triunfo señala.
Dejemos al tercer Cuerpo
en las ásperas montañas,
arrollando vigoroso
á aquellas feroces kábilas,
de sus fuertes posiciones
con denuedo rechazándolas.
Contemplemos á los puros
fulgores de la mañana
el horizonte sereno,
la mar limpia y sosegada.
Todo anuncia la alegría
de un pueblo que se levanta
para recordar al mundo
su inmensa gloria pasada.
Van á tronar los cañones
que en Lepanto retumbaban,
anunciando sus acentos
á las naciones extrañas
la resurreccion magnífica
de aquella invencible armada
que impuso al orbe sus leyes,
y que en sus empresas árduas
hasta las soberbias olas
vió de su poder esclavas.
¡Ved!.. sobre el limpio cristal
ya se desliza la escuadra.
Es el vapor *Vasco Nuñez*
nuestra nave capitana,
despues siguen otras nueve
entre ellas *Princesa* y *Blanca*,
Colon, Isabel Segunda,
Villa de Bilbao, y marchan,
para el combate dispuestas,
baterías destrincadas,
divisándose á lo lejos
de Tetuan las torres altas,
de los fuertes de la ria
las almenas artilladas.
Ya doblan el Cabo-Negro,
ya penetran en las radas
y óyese un «¡viva O-Donnell!
y *Vasco Nuñez* dispara,
y sigue luego *Isabel*,
y despues las dos fragatas
dirigen al mismo tiempo
de estribor las andanadas.
La batería rasante
del infiel sus fuegos lanza,
y la *Villa de Bilbao*
ya con los suyos la abrasa;

—

y al verla arder en los buques,
en medio de la algazara,
se mezcla la voz de «¡fuego!»
con gritos de «¡viva España!»...
Ya el fuerte se desmorona,
y sus baterías callan
y son hundidas, deshechas,
pasto de voraces llamas.
Y aun se ve sobre las ruinas
rota bandera africana;
y quieren nuestros marinos
entre el polvo sepultarla.
Pero el General Herrera
poner la señal ya manda
de *alto el fuego*, y así dice:
—Basta, mis valientes, basta;
yo no ofendo al enemigo
que enmudece ante mis balas.
Noble frase del que puede
hacer honor á la raza
de los Gravinas y Ulloas,
de los Bazanes y Laurias.
Y así con rumbo á Algeciras
vuelve triunfante la escuadra,
saludada en Cabo-Negro
por un bajel de la Francia,
nacion que de nuestra ruina
marítima ayer fué causa,
y que hoy admira en silencio
lo que ha de poder mañana
este pueblo, que despierta
del sueño de la desgracia.
—Seguid, seguid escuchando
en sus romances al alma;
que aunque es humilde su acento,
mas grandes victorias canta.

ROMANCE XIII.

BATALLA DE LOS CASTILLEJOS.

I.

Con victorias despidieron
el año las tropas nuestras,
y todavía los gritos
del postrer combate suenan.
¡Oh! ¡qué brillante es la aurora
que el año nuevo presenta!
¡Qué ricos lauros anuncia,
qué magníficas diademas
para los héroes ilustres
que crueles ultrajes vengan!...
¡Bien venido, bien venido
el año de las proezas,
el de la Española gloria,
el de la ruina agarena,
el que en la fe del cristiano
la luz á los ciegos muestra!
Terrible será la lucha
con que empiece su carrera;
solemnes serán las horas
de la batalla sangrienta.
Oyese el toque de diana,
y avanza ya la reserva,
con su General al frente,
de nuestro honor por la senda.
Detras va O-Donnell, midiendo
con su clara inteligencia
cuanto en aquel gran paso
la Patria gana y arriesga.
Y con el segundo Cuerpo
Zavala la marcha cierra;
que el ilustre enfermo busca
los peligros porque sean
sus nuevos timbres de gloria
bálsamo de sus dolencias.
Hoy no apoyarán al moro
para sus mañas arteras
las ventajas de un terreno
que fue su mayor defensa.
Solo el excesivo arrojo
y el calor de la pelea
podrán sacarnos del valle
cuya posesion nos lleva
hasta la ciudad sagrada
por mas fáciles veredas.
Ya Prim con sus batallones
se hace dueño sin gran pérdida
de la casa de Marabut
y entre tanto con destreza
artillería de mar
y artillería de tierra
barren el llano y el bosque,
y el valle por nuestro queda.
Allí los bravos marinos,
que con júbilo contemplan

de sus tiros el efecto,
á bordo se desesperan,
y ansian glor a mas brillante,
y tomar parte desean
en los peligros que corren
sus hermanos, y ya dejan
los buques y á tierra saltan,
y descienden por las peñas,
y únese á la infantería,
y con Lobo á la cabeza,
lidian con teson y vencen,
dando vivas á la Reina
y á la Patria y al Ejército,
que con sus vivas contesta;
y el mar los ecos repite
y en las montañas resuenan.

II.

A invadir el ancho valle
vuelven las contrarias fuerzas,
que crecen con las que avanzan
por las cañadas de Anghera.
Los grupos de los infantes
por los riscos se descuelgan,
y saltan, hieren y rugen
como acosadas panteras.
¡Hélos, hélos por dó asoman!
ya vienen en son de guerra,
ya vienen jinetes moros,
tremolando cien banderas.
En raudos potros cabalgan,
dejando las bridas sueltas,
por blandir con ambas manos
armas en que el sol refleja.
Con las desnudas rodillas
á los corceles estrechan,
que ya galopan unidos,
ya saltando se dispersan;
hacen giros caprichosos,
gallardos caracolean,
recelosos de su sombra,
escarban la ardiente arena
y la salpican de espuma,
dando botes de impaciencia.
Y flotan los alquiceles,
que con los broches sujetan,
y bajo el jaique bordado
las arrogantes y esbeltas
figuras álzanse firmes
en las sillas arabescas.
Y así poco á poco avanzan;
y cuando pisan la yerba
del valle de Castillejos,
con la mirada penetran
en el fondo, y un instante
á nuestro Ejército observan.
Y siguen, siguen su marcha,
y á poca distancia llegan
de nuestra caballería,
que, aunque escasa, se impacienta
por cargar contra los moros,
que en desbandada se acercan.
Allá van nuestros valientes
húsares de la Princesa,
y animan á sus bridones,
y derriban y atropellan
cuanto se opone á su paso
y al afan que los inquieta.
Sobre cadáveres moros
con ímpetu ardiente vuelan,
cual sobre tronchados árboles
los soplos de la tormenta.
Vedlos allá, sable en mano,
ensangrentada la espuela,
tendida la faz sudosa
sobre las crines revueltas.
¡Oh! bajo aquellos dormanes
los corazones alientan
de los cristianos guerreros
de las mas gloriosas épocas,
los de los ferrados trajes,
los de las cruces bermejas.
Y allá van tras los ginetes
que, con torpe estratagema,
fingen huir, arrastrándolos
á las cañadas estrechas,
donde se ocultan las kábilas,
de noble sangre sedientas.
Mas ellos no ven peligros,
y rápidos atraviesan
entre el mortífero fuego
que brota de las malezas.
Y caen, y en las hondas zanjas
revuélvense á duras penas,
y lidian, siempre avanzando,
sin proferir una queja.
Ya miran allá en el fondo,
ya miran como blanquean
del campamento enemigo
las diseminadas tiendas.
Y allá corren nuestros húsares,
y ya penetran en ellas,

dando tajos y estocadas
sin un momento de tregua.
Del caballo mal herido
cae el teniente Abaurrea,
y el cabo Perez Navarro
le salva de muerte cierta,
recogiéndole en su silla
y acorralando las fieras;
que de *valor y piedad*
los nuestros dan altas pruebas.
Pero allá va Pedro Mur
á ofrecer en lid abierta
nuevos timbres á la Patria
con una rota bandera.
La tremola un africano
que, con músculos de atleta,
va revolviendo su potro
por el llano y la ladera.
En pos del valiente cabo
lánzase con entereza,
y chocan los dos ginetes,
y despiden mil centellas
el sable y el corvo alfange,
y al estandarte se aferra
el heróico Mur; derriba
de una estocada tremenda
al infiel, y hácia los suyos
vuelve con su rica presa.
Y ya los dos escuadrones
retornan, sufriendo pérdidas,
deshechos, más victoriosos,
diciendo al mundo con letras
de su ilustre y pura sangre:
—«¡Por su Patria y por su Reina
mas allá van los bizarros
húsares de la Princesa!»

III.

Entre tanto los infieles
del valle se enseñorean,
y sus huestes formidables
con nuevos grupos aumentan.
Desalojarlas del cerro
que ocupan es gran empresa,
y bien el caudillo sabe
al bravo que la encomienda.
Ya Prim, con los de *Luchana*,
Vergara, *Príncipe* y *Cuenca*,
se hace dueño de la cumbre,
tras obstinada refriega.
Desde allí ve el campo moro,
donde su sangre vertieran
Fuente-Pelayo y Aldama
y Salvadores y Herrera.
Y secundar la embestida
de los húsares anhela;
pero sus ímpetus nobles
y su ardor O-Donnell templa.
Porque el General en jefe
con su admirable prudencia,
siempre al dar un paso mide
cuánto vale y cuánto cuesta.
Mas, ¡ay! que con doble furia
vuelven á atacar las fieras,
que surgen centuplicadas
detrás de arbustos y peñas.
Y otra vez toman el cerro,
y otra vez vencidas ruedan,
y vuelven á levantarse
y á luchar con insistencia.
Y son ciento para cuatro,
y en tan desigual pelea,
Piéltain y Salazar
caen heridos, y aunque llegan
los artilleros valientes
con su coronel Berrueta,
cada diez contra doscientos
con sordo fragor se estrellan.
Ya de los bravos de *Córdoba*
Prim se pone á la cabeza,
ya las pesadas mochilas
les hace dejar en tierra.
Rechazar á los infieles
una y otra vez intenta,
pero las nubes de plomo,
sembrando la muerte, arrecian.
Y ellos avanzan, avanzan,
y rojo ya de vergüenza,
Prim entre contínuas órdenes
jura, maldice, reniega.
Ya en sus manos de la Patria
el noble estandarte ondea,
y afírmase en los estribos,
y exclama con voz tremenda:
—«¡Soldados, esas mochilas
son de vuestro honor las prendas;
si caen en poder del moro,
lo serán de vuestra afrenta.
La honra lleva de España
quien hoy su estandarte lleva;
si me abandonais cobardes,
de España sereis la mengua.»

Y lánzase al enemigo
aquel genio de la guerra,
vehemente y arrebatado,
y le circundan espesas
nubes de inflamada pólvora,
mil y mil tiros le asestan,
y llueven ardientes balas,
que al nuevo Aquiles respetan.
Ya con las hordas salvajes
nuestros batallones cierran,
con las cortantes gumías
crúzanse las bayonetas,
y en la disputada altura,
que sangre abundosa riega,
siempre con la voz de mando
el son de ataque se mezcla,
que á un tiempo anima á los nuestros,
y á los infieles aterra.
Allá el invicto Zavala
con disciplinadas fuerzas,
dando ejemplo de heroismo,
apoya pór la derecha
al inmortal adalid,
que dueño del campo queda.
Se oyen aclamaciones
á la Patria y á la Reina,
y aun las montañas repiten
los ecos de las cornetas,
y el relinchar de los potros,
y el crujir de las cureñas,
y la voz del muribundo,
que al espíritu amedrenta.
Y trasponiendo las cumbres,
ya las huestes agarenas
van á llorar la derrota
á su ciudad predilecta.
¡Tetuan, la perla preciada
de los hijos del Profeta!
Allá van los invasores,
allá los que agravios vengan,
los que por triunfos brillantes
las luchas terribles cuentan,
los que á su paso no hallan
obstáculos que no venzan.

ROMANCE XIV.

MONTE-NEGRON.—NOCHE DEL 7 DE ENERO.

I.

Dia de los Santos Reyes,
¿por qué tu estrella se nubla,
y en pos de tu sol tan triste
viene otro sol que no alumbra?
Cargado está el horizonte,
cargado de negras brumas,
estragos el mar presagia,
horrores el cielo anuncia.
¿Qué importa? Nuestros soldados
ni se abaten ni se turban;
avanzar solo ambicionan,
y el cómo no lo preguntan.
Reina ya en los campamentos
la animacion y la bulla,
y abatidas ya las tiendas,
vuélvese a emprender la ruta.
¡Qué dificil es el paso
del Monte-Negron! La altura
coronan los enemigos,
que, si peñascos derrumban,
gente, armas y caballos,
bajo su poder sepultan.
Pero el arte de la guerra
favorece á quien le estudia;
con él nuestros Generales
de mil obstáculos triunfan.
Y así, por desfiladeros
todo el Ejército cruza,
teniendo á raya á los moros,
dejando atrás las Lagunas.

II.

Sobre el valle Azmir acampan
nuestras marciales columnas,
sin que un momento el alarbe
aquel gran paso interrumpa.
Es que está desalentado
desde las derrotas últimas,
y es que de los Castillejos
fué la leccion harto dura.
¡Oh! pero mas nos valiera
lidiar con aquellas furias,
y resistir sus ataques,
y contrarestar su astucia,
que tener por enemigos
el huracan y las lluvias,

la cruel tormenta, que en vano
nuestros valientes conjuran.
¡Ay qué noche! llueve á mares,
truenos prolongados zumban,
las tiendas el viento arrastra,
si el agua no las inunda;
y ni una luz en el valle,
y el Monte-Negron á oscuras,
y el mar que brama á lo lejos,
nuncio de mayor angustia;
todo imponente amenaza,
todo es horror y pavura,
Y la peste asoladora
ilustres víctimas busca,
y es en vano que la ciencia
con sus consuelos acuda,
si todos los elementos
contra la ciencia se juntan.
El soldado no se abate,
que alza la frente desnuda,
y en el viento que la azota
la voz de la Pátria escucha.
Y si mas rudos pesares
á su corazon abruman,
ni su pecho se acobarda
ni su fé desmaya nunca.

ROMANCE XV.

TEMPESTAD.—ANGUSTIAS.

I.

O-Donnell, atento siempre
á sus queridos hermanos,
nuevos horrores temiendo,
mayor pena recelando,
con el temporal terrible
que nos embaraza el paso
y sigue poniendo á prueba
la constancia del soldado,
desde la escarpada cumbre
que domina los pantanos
tiende sobre el mar la vista,
su buena estrella buscando.
Pero de su clara lumbre
ya se extinguieron los rayos,
y han muerto sus esperanzas
á la luz del desengaño.
¡Oh! no se ve ni un navío,
ni un vapor, ni un solo barco
sobre la extension inmensa
del mar, que retumba airado.
¿En dónde está nuestra escuadra,
que venia costeando,
siguiendo los movimientos
de los batallones bravos?
En dónde aquellos bajeles,
que encerraban en sus cascos
la existencia de un Ejército
celoso del honor pátrio,
vencedor entre las rocas
y en el monte y en llano?
Un viento cimbró sus mástiles,
de la tempestad presagio;
bravas las olas rugian,
y en sus cristales infaustos
el cielo se retrataba,
de negras nubes preñado.
Ya los bajeles huyeron,
montes de espuma salvando,
y si un momento se aguardan,
se estrellan en los peñascos.

II

¡Allá van! y los marinos,
de peligros rodeados,
al mar y al viento se entregan,
con viento y con mar luchando.
Pero mientras ven la costa,
tienden hácia allí los brazos,
hácia el áspero terreno
que conquistan palmo á palmo
y con su sangre fecundan
sus incansables hermanos.
Entonces triste y horrible
se les representa el cuadro
de destruccion que aguarda
á aquellos infortunados,
que ya con hambre, con peste,
sin la escuadra, que es su amparo,
morirán, morirán solos,
y serán de fieras pasto,
y hermanas, madres y amantes,
cuando vayan á buscarlos,

no hallarán cruces ni lápidas
en donde verter su llanto.
Los piadosos marinos,
de sí mismos olvidados,
piensan volver á la costa,
y ansían volar á salvarlos,
y ajenos peligros temen,
viendo ya el suyo cercano.
Y zumban los roncos truenos,
sigue, sigue diluviando,
y el mar abre sus abismos,
y rompe nubes el rayo.
Á su claridad fatídica,
el Almirante bizarro,
sereno desde cubierta
aguarda el duro fracaso.
Entre las revueltas olas
van los buques rebotando,
y la veloz *Rosalía*
tras de mil esfuerzos vanos,
corre á varar á la playa,
donde al fin están en salvo
los destrozados marinos,
que ven venir á auxiliarlos
á aquellos por cuya suerte
la suya propia olvidaron.
Y todos á un tiempo lanzan
gritos de amor y entusiasmo,
y se estrechan, cantan, rien,
y no miran entretanto
que la tempestad no cede,
que el mar sigue rebramando
y anuncia con voz terrible
mil desastres, mil naufragios.
¡Ay de mi España querida,
si Dios deja de su mano
á los valientes guerreros
celosos del honor pátrio,
vencedores en las rocas
y en el monte y en el llano!...

ROMANCE XVI.

TRAS LA TEMPESTAD LA CALMA.—CABO-NEGRO.

I.

¡Bustillo, noble Almirante,
que mil peligros arrostras;
luchando al par con los vientos
y con las soberbias olas,
por librar á tus hermanos
de su terrible zozobra!
De Cisneros y Gravina
te saludan hoy las sombras,
ofreciéndote sus lauros
desde el templo de la gloria.
Porque á su bendita Patria
con hechos tan grandes honras.
¡Oh cómo el alma consuelan
la blanca luz de la aurora
y el hermoso azul del cielo,
tras la maldecida sombra
de la tempestad horrible,
de eterna y triste memoria!
¡Bien venida, bien venida,
suave luz consoladora!
Con gozo te ve mi España,
con entusiasmo las tropas,
y en tí, Zavala bizarro,
á quien las dolencias postran,
despues de tantas angustias,
halla su esperanza hermosa.
Pero ¡qué triste espectáculo
en la playa y en las rocas!
Allí las perdidas prendas
de la malparada flota;
allí los tronchados mástiles
de otros buques de la costa,
y despojos de los náufragos
que el agua enturbiada arroja.
Aun el mar las altas peñas
bate con furia espantosa,
y cien veces de Bustillo
la resolucion heróica
contra aquel poder se estrella,
que contrastar ambiciona.
Mas la voluntad gigante
los grandes intentos logra,
y ¡vedlo! nuestros bajeles
tras los peñascos asoman,
nuncios de santa alegría,
que amargos recuerdos borra,
porque ellos traen la existencia
de los que son en buen hora

firme sosten de la Patria,
defensores de su honra.

II.

¡Adelante y atrás queden
montes y cañadas hondas!
¡Adelante, los soldados!
¡huyan las salvajes hordas
que del alto Cabo-Negro
el gran paso nos estorban!
Y avanzan, avanzan siempre,
y unos á otros se apoyan,
y hacen fuego, trepan ágiles
por las enriscadas lomas,
y á los espantados moros
de sus puestos desalojan,
y peñas y matorrales
riegan con sangre preciosa.
¡Arriba ya los valientes!
por cientos los tigres brotan;
si atacan los de *Castilla*,
vengan por miles, ¿qué importa?
¿Los veis? Ya sobre la cumbre
nuestra bandera tremolan,
y hasta sus propios aduares
á los infieles acosan.
¡Alto! Tended ya la vista
por las vegas deliciosas,
mirad la perla preciada
de los hijos de Mahoma.
Vuestra será, mis valientes,
vuestras hazañas lo abonan,
sois españoles y honrados,
y para el intento sobra.

ROMANCE XVII.

PRISIONEROS MOROS—CARIDAD CRISTIANA.

I.

Cinco moros hay en Ceuta,
cinco moros prisioneros,
ni por sorpresa lo han sido,
ni sin lidiar se rindieron.
Que luchando brazo á brazo
los apresaron los nuestros,
cuando acosados rugian
como el tigre en el desierto
que á los pies del cazador
se arrastra ya sin aliento.
Maldecian su fortuna,
que los puso en tal extremo,
á merced de los cristianos,
sus enemigos eternos.
Y á comprender no alcanzaban,
con su fanatismo ciegos,
que es nuestra fe pura fuente
de dulcísimos consuelos;
que la cruel intolerancia
se hundió ya con sus tormentos;
que la ley de los tiranos
no es la ley del Evangelio.
Y comprender no podian
los miserables y abyectos
que las naciones que marchan
con la antorcha del progreso,
llevan en su luz la vida,
la redencion de los pueblos,
que en la esclavitud sucumben,
de la inteligencia enfermos.
Pero ya los africanos
mudos yacen en sus lechos,
rodeados de enemigos,
que los tratan con afecto,
y los curan y consuelan
como á propios compañeros.
Tan noble conducta admiran,
y les infunde respeto
los cuidados de la hermana
de la Caridad, del médico,
del soldado, que están todos
á su bienestar atentos.
Porque el guerrero español
es, como fué en todos tiempos,
humilde con el vencido,
con el vencedor soberbio.
Y así, ni aun para los moros
guarda rencor en el pecho;
su crueldad en las lides
va á vengarla cuerpo á cuerpo.

II.

Y aquí debo relataros
un episodio muy tierno,

de la Caridad Cristiana
como interesante ejemplo.
Iban, iban, acosando
con sus disparos certeros
nuestros bravos cazadores
á los feroces riffeños.
Estaba lloviendo á mares,
silbaba furioso el viento,
y en las quiebras remedaba
mil gemidos lastimeros.
—¡Un aduar!—los nuestros gritan
al llegar al pie de un cerro;
y de las inmundas chozas
salen veinte, treinta, ciento,
dando alaridos terribles,
las espingardas blandiendo.
Tras un instante de lucha
huyeron todos, y huyeron
llevándose las mujeres
y los sucios pequeñuelos,
que arrastrando caminaban,
de lodo y sangre cubiertos.
Y aun el fragor del combate
escuchábase á lo lejos,
y ya, del campo señores,
se retiraban los nuestros,
cuando un grupo de soldados
halló tendida en el suelo
á una mora con dos niños,
rotos, desnudos, hambrientos.
Y diluviaba, y el aire
seguia siempre rugiendo,
y los dos niños lloraban,
de hambre, de frio, de miedo.
Mirólos la triste mora
con semblante descompuesto,
les tendió los flacos brazos
y alzó los ojos al cielo.
—¡Pobre madre! ¡pobres hijos!
murmuraron los guerreros,
y el llanto bañó su rostro,
y todo su pan les dieron,
y despues con sus capotes
y con sus mantas cubriéndolos,
los fueron acompañando
del infiel al campamento.
¡Oh virtud, virtud divina,
que ejerces tan noble imperio!
Quien para sus enemigos
albergue te da en su pecho,
es cristiano y algo tiene
de los ángeles del cielo.

ROMANCE XVIII.

PREPARATIVOS.—PRIM Y LOS VOLUNTARIOS CATALANES.

I.

Reune todas sus fuerzas
el Príncipe del Algarbe,
pues ya por los movimientos
de las cristianas falanges
comprende que del asalto
se acerca el supremo instante.
Grande ha sido la derrota,
rudos fueron los desastres
que sufrieron sus ejércitos
en aquel extenso valle,
el postrer dia del mes,
que fué nuncio de sus males.
Con su hermano Ahmet dispónes
á resistir el ataque,
y enérgicamente excitan
á las kábilas salvajes,
porque su bárbaro empuje
con los cristianos acabe.
Y mientras, revela O-Donnell
á los demas Generales
de la próxima batalla
los bien concertados planes,
que de la ciudad morisca
pondrán á sus pies las llaves.
Dispónese el tren de sitio
y avanzan ya los bagajes,
do quiera cruzan con órdenes
los celosos ayudantes,
todo es movimiento y vida
y belicosos alardes,
y afan de nobles laureles
y ambicion de empresas grandes.

II.

En muy buen hora llegaron
los bizarros Catalanes;

recíbelos el Ejército
con abrazos y con plácemes,
como á los hermanos de armas
cuyo valor ha de honrarle.
A las órdenes ingresan
de aquel Conde infatigable,
del héroe de Castillejos,
de aquel que contra el alarbe
renovó las altas glorias
de los Cides y Guzmanes.
—«Bienvenidos, mis paisanos;
les dice con voz vibrante;
·ienvenidos á estas tierras
a lidiar con musulmanes;
hoy las veis, quizás mañana
las regueis con vuestra sangre;
llegais al fin de la gloria,
nunca para el bien fué tarde.
¡Ay si de mi Cataluña
empañais el estandarte!
Con uno solo que tiemble,
que en el peligro no avance,
os juro que ya ninguno
volverá á ver sus hogares,
que mas valeis aquí muertos
que en nuestra Patria cobardes.»—
Y mil vítores contestan
á tan elocuentes frases;
todos combatir ansían,
en todos los pechos arde
la llama del patriotismo,
de ese anhelo inesplicable
que hace de los hombres héroes,
de los pigmeos gigantes,
de los olvidados pueblos
naciones ricas y grandes.

ROMANCE XIX.

TETUAN POR ESPAÑA.

I.

Despierta, cantor, despierta,
que el Genio busca tu voz!
Si cantas glorias de España,
¿por qué duermes, trovador?
Si en los rayos de la luna
vengo á mostrártelos yo,
para anunciarlas al mundo
no aguardes la luz del sol.
Ya la calma de la noche
turba el lejano rumor,
y es que en alas de la brisa
á vuestras playas llegó,
buscando el eco en la Pátria
el grito del vencedor
que alzó en la patria del moro
el estandarte Español,
porque á Dios lleva consigo...
¡Bendito el nombre de Dios!
—Despierta, cantor del alma,
llene el espacio tu voz,
y responde á tus hermanos
con himnos de bendicion.
Yo con los ecos mas dulces
daré aliento á su valor,
porque el Genio de la Guerrra
siempre á los héroes llevó
los lauros de la victoria
con besos del patrio amor.
Canta las glorias que España
con ruda lid alcanzó,
para que asombren al mundo
antes de que brille el sol.
A guiar á tus hermanos
vuelo al campo del honor;
que Dios protege sus armas...
¡Bendito el nombre de Dios!
—Patria, mi Patria querida,
si el Genio me despertó
¿por qué no trajo en sus alas
la luz de la inspiracion?
Mas para ensalzar tu nombre
no bastan palabras, no;
que no hay humano lenguaje
que traduzca el corazon
en estas horas supremas,
en que le llena tu amor.
Solo interpretan las lágrimas
esa profunda emocion
que da vida al entusiasmo
del noble pueblo español,
puro manantial de goces,
que de las manos brotó

del Dios de nuestros Ejércitos...
¡Bendito el nombre de Dios!
Ya llena alegres los aires
de cien campanas el son,
que de las brisas marinas
el apacible rumor
á la villa coronada
con la gran nueva llegó.
Hermosa brilla la luna,
y á su claro resplandor,
mujeres, ancianos, niños
y mozos en confusion,
por las calles y las plazas
gritando van á una voz
entre lagrimas y risas,
mientras retumba el cañon:
«!Viva nuestra invicta Patria!»
y antes de lucir el sol,
nuestra gloria asombra al mundo....
¡Bendito el nombre de Dios!

II.

Si, como el Serrallo, Anghera
gran victoria presenció;
si de otras fueron testigos
Castillejos y el Negron,
la del cuatro de Febrero
la infiel espanto dió;
que cada triunfo de España
le anuncia siempre mayor.
Que asaltando las trincheras,
defendiendo con teson,
oficiales y soldados,
movidos por una voz,
brazo á brazo combatieron
con tan noble exaltacion,
que despues de unos instantes
de estrago, sangre y horror,
«¡victoria!—gritan—¡victoria!»...
¡Bendito el nombre de Dios!
Qué puñado de valientes
Cataluña nos mandó!
para honrar aquella tierra
ni el mismo Roger de Flor.
No en vano Prim con sus frases
á lidiar les alentó.
¡Qué modo de acometer!
¡qué fuego, qué decision
al avanzar los primeros
no bien el clarin sonó!
Ya se hunden en los pantanos,
ya redoblan su furor;
¡ay! que Sugrañes, el jefe,
muerto en la lucha cayó.
Y caen ciento y otros ciento
de la *Princesa* y *Leon*;
Dios los corone de gloria....
¡Bendito el nombre de Dios!
Dando tajos y mandobles,
Prim por la tronera entró,
y O-Donnell al mismo tiempo,
va con su Estado Mayor
animando á los soldados
en lo recio de la accion.
Ya su hermano D Enrique
á las alturas corrió,
persiguiendo á los infieles,
que huyen mudos de pavor.
Ya la torre de Geléli
con sus valientes ganó:
Muley-Abbas con los suyos
va llorando su baldon,
y *¡estaba escrito!* murmura
en su profundo dolor,
mientras los nuestros repiten:
¡Bendito el nombre de Dios!
Allá van, con el caudillo,
Prim y Rios y Turon,
y todos los Generales,
dando ejemplo de valor.
Ya es el campo de los moros
del Ejército español,
con sus tiendas y banderas
cañones y municion.
Y huyeron los dos hermanos
del vencido Emperador,
y todo se lo abandonan
al que en cien lides triunfó.
—Ya el Conde á los de la plaza
intima la rendicion,
y abren las puertas los moros,
aplaudiendo al vencedor;
que son buenos los cristianos,
y su Dios el solo Dios.

ROMANCE XX.

LA REDENCION DE UN PUEBLO.

I.

Los dos hermanos caudillos
abandonan á Tetuan,
y el sol sus rayos oculta
entre las brumas del mar;
que es monarca de los astros,
y se avergüenza quizás
de haber visto tanta mengua
en quien tiene sangre real.
Por la escarpada vertiente
de Sierra-Bermeja van
con los corceles rendidos
del contínuo galopar.
No bien á la cumbre llegan,
vuelven la pálida faz;
tan amargas penas sienten,
que no les dejan hablar.
Míranse los dos hermanos,
míranse con hondo afan;
que á sus padres muchas veces
tristes oyeron contar
que Boabdil perdió la perla,
la hermosa perla oriental,
y con ella se perdieron
las glorias del musulman.
¡Sombra del Rey de Granada,
que en Padúl gimiendo estás,
este baldon de tus hijos
sobre tu frente caerá!

II.

¡Huid, los caudillos moros,
pero no mireis atrás
por despediros con lágrimas
de la perdida ciudad;
que la sombra de la noche
sus torres envuelve ya,
y os maldice vuestro pueblo,
sí, porque, genios del mal,
ni supisteis darle leyes,
ni quisisteis darle pan!
Hoy vuestros mismos soldados
le saquean sin piedad
y degüellan á sus hijos
y así, de hogar en hogar,
con sangre, con luto y lágrimas
ponen el sello fatal
á la esclavitud que sufren
los descendientes de Agar.
¡Oh! ya rompe sus cadenas
España, nuncio de paz,
para asombro de naciones,
que su gloria envidiarán.
Y libres de sus verdugos,
otro sol al ver brillar
ante la cruz del cristiano
entusiastas gritarán:
«¡Bienvenido, bienvenido,
sol de eterna libertad!»

ROMANCE XXI.

BATALLA DE VAD-RAS.

I.

Guad-el-Jelú todavía
con la enturbiada corriente
cruza el valle, pregonando
los triunfos de nuestras huestes.
Aun va tiñendo sus ondas
la sangre de los infieles,
y hácia el ancho mar se arrastra,
por mostrar al Guadalete
y al Luco que aun hay guerreros
que con sus afrentas venguen
la ruina de las naciones
y la sangre de los reyes.
Ya retumba en la Alcazaba
el cañon, ya nuestra gente,
al escuchar la señal,
toma las armas alegre,
su equipo arregla, y atenta

e halla á la voz de los jefes.
De cornetas y tambores
se oyen toques diferentes,
y luego la voz de mando,
y el trotar de los corceles,
y el fragor de las cureñas,
que ruedan pesadamente.
Ya todos en marcha, todos
con aire marcial se mueven,
solo quedan en la plaza
los que la plaza guarnecen.
Rios con sus batallones
ya por los montes asciende
de Samsa, y corre á ganar
las escarpadas vertientes
que el valle Vad-Rás dominan,
y con direccion al puente
de Buceja marcha O-Donnell,
sereno y tranquilo siempre.
Con él Echagüe y su cuerpo,
luego Prim con sus valientes,
Ros con los suyos, Galiano
con sus apuestos ginetes,
los de las agudas lanzas
y brillantes coseletes,
los de dormanes bordados,
los de acerados arneses.
Y allá marchan decididos
hácia la altura de enfrente,
formidable posicion,
que á la vista ha de ponerlos
del Fondak, y que de Tánger
marca la senda mas breve.
Allá marchan, y no hay uno
que nuevas lides no anhele,
donde probar el aliento
del alma templada y fuerte.
Y siguen, y ya los grupos
del enemigo aparecen
á disputarles el paso;
ya mas próximos los tienen;
ya laten los corazones,
que el entusiasmo enardece;
y al gran choque se aperciben,
y por las llanuras fértiles
corren al festin de gloria,
corren tal vez á la muerte.
Y es que ambicionan cual nunca
ceñir brillantes laureles.
Y es que aquel dia magnífico
que es el último presienten
con que la guerra les brinda
contra el musulman aleve.
Y es que aquellos campeones
á sus hogares no vuelven,
sin que una vez mas la Patria
grande y honrada de muestre.

II.

Rudo, terrible es el choque
con que aquellos combatientes,
inundándolos de sangre,
valles y montes conmueven.
Ya Rios por la derecha
toma posiciones fuertes,
y alentando á sus soldados,
grandes obstáculos vence.
Por la izquierda el primer Cuerpo
con denuedo se sostiene,
y en las ganadas alturas
del alarbe se defiende.
Ya Prim á los enemigos
entre sus fuegos envuelve,
y cargan los catalanes,
que el rio pasan, y al verse
con las triplicadas fuerzas
que sobre *Granada* vienen,
con noble aliento se lanzan,
cierran con ellos cien veces.
Y allí García y Echagüe,
y allí Galiano y Paredes,
ganando siempre terreno,
con infantes y ginetes.
Allí el ardor del soldado,
la prudencia de los jefes,
del oficial el arrojo,
todo, todo juntamente
de acuerdo van con los planes
del que dirige las huestes,
del que con tanta fortuna
tales hazañas emprende.
Ya los tercios vascongados
en la lid su sangre vertien;
ellos y los de *Tarifa*,
arrojan á los infieles
del aduar que encierra el bosque
que los oculta y guarece.
Mas ¡ay! que tornan las fieras,
y en una casa que encienden,
un oficial de *Tarifa*
solo está con su asistente.
Con sus armas contra ciento
se libraron de la muerte;

mas de las voraces llamas
¿cómo podrán defenderse?
Allá van cuatro soldados
del batallon, arremeten
contra el tigre, le acorralan,
y *piadosos* y *valientes*,
salvan á los dos cuitados
que su gratitud ofrecen.
Entre tanto Prim avanza
de los de *Leon* al frente,
y aduares gana y alturas,
y nuestra línea se extiende,
y acosados ya los moros,
que cuanto ocupaban pierden,
hacen el último esfuerzo,
impetuosos, ardientes,
y rugen cual la pantera
que, ya herida, desfallece,
viendo como la arrebatan
los cachorros que defiende.
—En el que fué campo moro
descansan ya los que vencen;
por el monte y por el valle
corre la sangre á torrentes;
es mucha de los cristianos,
mucha mas de los infieles.
¡Ay, Dios, y qué bellos árboles
son los que allí ya florecen!
Hermosa brota la oliva
junto á los frescos laureles;
diademas de *Paz y Gloria*
de sus dulces ramas penden.
Ya es tiempo, querida Patria,
de que al par ciñan tus sienes;
que ante el mundo, que te admira,
tu honor puro resplandece.

OMANCE XXII.

LA ENTREVISTA.

I.

Nuestros cañones retumban,
y se escuchan otra vez
gritos de ¡alarma! que llegan
hasta el campo del infiel.
Ya con sus huestes O-Donneil
la marcha vuelve á emprender.
Si para tratar de paz
un plazo pidió Muley,
el que le fué concedido
acaba de fenecer.
Las cajas y los clarines
hacen la señal tambien...
Si hay lucha, que Dios el triunfo
á sus Ejércitos dé!
Mas ya por el valle asoman,
en presuroso tropel,
treinta gallardos jinetes
de los mas nobles de Fez.
Al frente el Príncipe llega,
fatigando su corcel
que antes de avanzar los nuestros
al caudillo quiere ver.

II.

—«Gran cristiano, gran cristiano,
por tu vida, dí si es bien
que á las armas demos tregua
y cese la saña cruel.
No alcanzan ya mis esfuerzos
á resistir tu poder;
y aunque para mengua propia,
¿qué mucho, qué mucho es
que se confiese vencido
quien tantas veces lo fué?»—
Tales palabras pronuncia
el desgraciado Muley;
del tratado de paz firma
las condiciones despues,
y á su campo torna y óyense
gritos de inmenso placer,
que revelan la ventura
de los que con noble fe
pelearon y vencieron,
soñando siempre volver
á la Patria con los ricos
blasones de su honra y prez

ROMANCE XXIII.

LA PAZ.

I.

Quiero cantar á la sombra
de las benéficas palmas,
quiero beber en la fuente
de las cristalinas aguas,
y escuchar las armonías
de los suspiros del aura,
y ver el cielo sin nubes
y la mar en dulce calma.
Soy el que cruzó desiertos
donde las fuentes no manan,
el que atravesó los bosques
donde el huracan rebrama;
el cansado peregrino
que en pos del destino marcha.
Pues el oásis encuentro
en mi penosa jornada,
ya es bien que la ardiente arena
deje mi trémula planta,
y que de los bosques huya
y de sus sombras infaustas.
Soy el cantor de la guerra,
el trovador entusiasta
que busca con sus romances
el santo amor de la Patria.
Yo lancé con mis hermanos
el grito de la venganza;
los ví volar atrevidos
á las costas africanas;
ellos triunfaron do quiera,
y yo canté sus hazañas;
canté las glorias de un pueblo
que, con Dios y con su causa,
á la faz del mundo absorto
grande y noble se levanta.
Cese, pues, cese la lucha,
de sangre y horrores basta;
que en el seno del hogar,
entre suspiros y lágrimas
esperan las pobres madres
á los hijos de su alma.

II.

¡La Paz!... expresion divina
de las puras bienandanzas!
¡Bajel que cruza tranquilo
la mar siempre sosegada,
para llevar á los pueblos
al puerto de la esperanza!
¡Oh! quien canta enardecido
el fragor de las batallas;
quien á la naturaleza
los colores arrebata,
y en el lenguaje del arte
expresa al mundo las ánsias,
el valor de los soldados
que á los peligros se lanza,
el ¡ay! de los moribundos,
las voces de los que mandan,
el tronar de los cañones,
el fuego, el humo que empaña
el gran cuadro confundiendo
guerreros, caballos y armas,
el verdadero poeta,
que esto siente y esto canta,
recuerda á la vez que existen
madres, amantes y hermanas
que en las desastrosas luchas
tienen pedazos de su alma:
y entonces invocar debe
con sus frases inspiradas
á la Paz, que á los hogares
vuelve la perdida calma.
—Aquí concluyen los cantos
del trovador entusiasta.
Si corazones que sienten
responden á sus palabras;
si al descubrir sus afectos
los nobles afectos halla,
y vierten sobre su libro
de gratitud una lágrima,
no quiere mas recompensa
el que la logró tan alta.

FIN.